

*Batalla por mar y tierra entre Nicolao y Antioco. – Victoria por éste y conquista de muchas ciudades.*

Además que la falda del monte Líbano en este lugar viene a reducir la costa a un estrecho y corto espacio, sucede que este mismo se halla coronado de una cordillera áspera e inaccesible que sólo franquea un pasaje angosto y difícil a orillas de la misma mar. Ahí acampado Nicolao (año -219), después de ocupados varios puestos con buen número de soldados, y fortificados otros con obras que había levantado, creía que con facilidad prohibiría la entrada a Antioco. Este príncipe, dividido el ejército en tres trozos, había dado el uno a Teodoto, con orden de atacar y forzar al enemigo sobre la falda misma del monte Líbano; el otro lo tenía Menedemo, con orden expresa de intentar el paso por medio de la colina; el tercero, a cuya cabeza se hallaba Diocles, gobernador de Parapotamia, estaba situado a la orilla del mar; él con sus guardias ocupaba el centro para presenciarlo todo y acudir a donde fuese necesario. Al mismo tiempo Diogneto y Perígenes se habían dispuesto para un combate naval. Se acercaron a la costa cuanto era dable, y procuraron hacer que las dos armadas de mar y tierra no presentasen más que un frente. Dada la señal, se atacó a un tiempo por todas partes. En el mar, como el número y los aparatos de una y otra armada eran iguales, se peleaba con igual fortuna. Pero en tierra, aunque al principio Nicolao, valido de la fortaleza del sitio, consiguió alguna ventaja, poco después desalojados por Teodoto los que se hallaban al pie del monte, y atacados desde lo alto, toda la gente de Nicolao emprendió la huida a banderas desplegadas. Dos mil hombres fueron muertos en el alcance, otros tantos se hicieron prisioneros, los restantes se refugiaron en Sidón. Perígenes, que empezaba a esperar un feliz éxito del combate naval, lo mismo fue advertir la derrota del ejército de tierra que, abatido el espíritu, retirarse a la misma ciudad.

Antioco tomó el ejército y vino a acampar frente a Sidón, mas no tuvo a bien intentar el asedio de la plaza, ya por la abundancia de provisiones que había dentro, ya por el gran número de habitantes y gentes que en ella se habían refugiado. Echó a andar con el ejército hacia Filoteria, y ordenó al almirante Diogneto que navegase a Tiro con la escuadra. Filoteria está situada sobre el lago mismo donde entra al Jordán y de donde, volviendo a salir, transcurre por los llanos próximos a Escitópolis. Dueño de estas dos ciudades por convenio, concibió mejores esperanzas para los propósitos que maquinaba. Porque como todo el país estaba sujeto a estas dos plazas, podía mantener con facilidad aquí el ejército, y acopiar con abundancia lo necesario para cualquier urgencia. Efectivamente, asegurados con guarnición estos puestos, pasó las montañas y fue a Atabirio; plaza situada sobre una eminencia, que elevándose poco a poco tiene de subida más de quince estadios. Para apoderarse de esta ciudad, se valió de una estratagema. Tendió una emboscada, empeñó a los de la plaza en una escaramuza, y cuando ya los tuvo a larga distancia, ordena que hagan frente a los que huían, y que salgan los que estaban emboscados; con lo que mata a muchos, persigue a los demás e infunde en ellos tal terror, que se apodera también de esta ciudad al primer intento.

A la sazón, Quereas, uno de los gobernadores de Ptolomeo, se pasó al partido contrario. La honrosa acogida que éste consiguió de Antioco excitó a la desertión

a otros muchos oficiales del rey de Egipto. De este número fue Hipóloco de Tesalia, que llegó poco después con cuatrocientos caballos de su mando. Antioco, puesta guarnición en Atabirio, levantó el campo y tomó de paso a Pella, Camún y Guefrún. Este feliz suceso conmovió de tal suerte los pueblos de la vecina Arabia, que estimulados unos de otros, fueron todos a rendirsele de común acuerdo. El rey con este nuevo auxilio aumentó sus esperanzas, y continuó adelante. Fue a la Gálatis y se apoderó de Ábila, y de todos los que habían acudido a su socorro, a cuya cabeza se hallaba Nicias, amigo y pariente de Meneas. Sólo le faltaba Gádara, plaza que pasaba por la más fuerte de aquella comarca. Acampó a su vista, hizo sus aproches, y al punto se aterraron y rindieron sus vecinos. Después, informado de que en Rabatámana, ciudad de Arabia, se habían congregado buen número de enemigos, que talaban y arrasaban el país de los árabes que habían abrazado su partido; propuestos todos los designios, marcha allá, y acampa en unos collados, donde está situada la ciudad. Andando recorriendo la colina, advirtió que por solas dos partes tenía subida, y por ahí hizo avanzar sus gentes y asestar sus máquinas. Dio la inspección de las obras, parte a Nicarco, parte a Teodoto; entretanto él cuidaba con igual diligencia de lo que uno y otro hacían, y observaba la emulación de ambos en su servicio. Efectivamente, hacían estos dos capitanes los más vivos esfuerzos, e incesantemente competían a porfía sobre cuál de los dos derribaría antes con las máquinas la parte de muro que tenía delante; cuando de repente, y sin saber cómo, se vinieron abajo uno y otro lienzo. Después de esto, todo fueron asaltos noche y día, todo ataques, sin interrupción de tiempo. Pero a pesar de los frecuentes rebatos que daban a la ciudad, nada conseguían, por la mucha gente que se había retirado dentro; hasta que mostrada por un prisionero una mina, por donde bajaban a coger agua los sitiados, y cegada y tupida ésta con madera, piedras y otras cosas semejantes, la escasez de agua al fin obligó a los moradores a rendirse. Dueño el rey de Rabatámana por este medio, dejó a Nicarco dentro de la ciudad con una guarnición competente, y envió a Hipóloco y Quereas, dos capitanes que habían abandonado a Ptolomeo, con cinco mil hombres a los alrededores de Samaria, para cubrir y asegurar la quietud de los pueblos que se le habían sometido. Él mientras movió el campo hacia Ptolemaida, con ánimo de pasar allí el invierno.